

## CONTESTACION

De

DON JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

*Señor Director de la Academia Nacional de la Historia,*

*Señores Académicos*

*Señoras, señores*

Es para mí muy honroso el encargo que me ha dado la Academia de dar la bienvenida a nuestro nuevo individuo de número, Don Jerónimo Martínez Mendoza, quien viene a ocupar el sillón letra "F", donde le precedieron personajes tan ilustres como Laureano Villanueva, José Ladislao Andara, José E. Machado, Pedro Emilio Coll y Mariano Picón Salas. Atinada estuvo la elección de Don Jerónimo Martínez Mendoza, pues la Academia gana con ella un trabajador infatigable y cuidadoso con cuya experta opinión nos beneficiaremos todos sus compañeros.

Don Jerónimo Martínez Mendoza es bien conocido por sus valiosos trabajos de investigación histórica. Conoce bien no sólo los archivos venezolanos, sino también los españoles. El Archivo de Indias, el de Simancas, el Histórico Nacional de Madrid, el Museo Naval y el Archivo de Historia Militar, lo han tenido de huésped en sus interminables búsquedas. Esa actividad pudiéramos decir que es la básica de toda función histórica; el acopio y el estudio crítico de los documentos, lo que equivale a establecer la realidad de los hechos del pasado, tienen que preceder a toda otra labor del historiador. En ese campo, que es el predilecto de nuestro nuevo colega, ha realizado él investigaciones y hallazgos de muy lato valor. Sin contar numerosos artículos aparecidos en varias publicaciones, está ahí su libro *Venezuela Colonial*, denso por su nutrida y fidedigna información, y notable por más de un ángulo nuevo en la perspectiva del pasado. Allí descuellan,

entre otros, sus trabajos en torno a la fecha de la fundación de Caracas, que son por demás esclarecedores; los orígenes de las primeras ciudades del continente; su relato sobre el terremoto de San Bernabé, que nos da una buena imagen de los destrozos del sismo; la historia del ataque a Puerto Cabello por buques ingleses, que tanta información nueva nos ofrece.

Nuestro distinguido recipiendario se ha ocupado también extensamente de la antigua cartografía venezolana, campo en el cual es un experto, y a él se debió la primera exposición de nuestros viejos mapas, realizada en la sede de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales.

El nuevo académico ha escogido como tema del discurso que pide nuestro reglamento, el admirable estudio sobre las expediciones emprendidas en busca del Dorado, que acaban ustedes de oír. Es esta una acertada escogencia, porque el Dorado tuvo un significado importantísimo en el período formativo de nuestro pueblo.

Quedaba todavía, a comienzos del Renacimiento, mucho de la credulidad medioeval. Las buenas gentes creían en historias extraordinarias. En algún lugar del océano habitaba el Kraken, pulpo gigantesco que con sus tentáculos destrozaba las naves; la enorme serpiente marina, acaso el Leviatán de la Biblia, era capaz de hundir toda una escuadra de veleros; todavía volaban dragones por los cielos, que lanzaban llamaradas por la boca; había en islas remotas hombres sin cabeza que tenían en el pecho los ojos y la boca; en algún rincón del mar, al fin del mundo, había una cascada insondable por la cual los buques podían caer al espacio, más abajo de la tierra; y en algún jardín florido, un joven unicornio iba a posar tímidamente la cabeza en el regazo de una doncella inocente, junto a una fuente encantada.

Nada tiene de extraño que en semejantes mentalidades se encendiera la historia alucinante del Dorado. Esta ofreció campo abierto a la imaginación y la estimuló sobremanera. Se hablaba del cacique todo cubierto de oro, que vivía junto a una gran laguna, en la que, tal vez a imitación del cenote sagrado de los Mayas, se arrojaban piezas de oro como ofrenda a los dioses. Polícrates de Samos conocía ritos semejantes. Luego se agregó a la leyenda del cacique, toda una ciudad con

edificios de oro puro; hasta se hablaba de cúpulas de oro, a pesar de que estas no fueron conocidas de los pueblos indígenas de América. La historia nos ha conservado algo de estas leyendas, pero podemos sospechar todo lo que la fantasía de cada quien iría agregando, al correr de boca en boca el extraordinario mito. Se hablaría de árboles de oro con frutas de oro y flores de oro, insectos de oro, pájaros de oro, lluvias de oro, hierbas de oro, cascadas de oro, nubes de oro. La misma locura era una locura de oro. Era una obsesión contagiosa, un frenesí delirante que saltaba por sobre toda lógica y anulaba todo sentido común.

Esta vigorosa fábula redundaba en el aumento de la incipiente población de nuestras primeras aldeas. Muchos querían venir al país del Dorado. Todos pensaban que bien valía la pena correr la aventura, con todos sus riesgos, y adentrarse en extrañas comarcas y ver maravillas nunca antes vistas, y regresar a la civilización con grandes riquezas.

Como muy bien lo señala el nuevo académico, el oro de los aztecas y el tesoro de Atahualpa avivaron la creencia en el Dorado. Los Welser pensaron recuperar con creces los préstamos hechos a Carlos Quinto para financiar su elección.

Lo que hicieron las perlas de Cubagua en los primeros años nuestros, para atraer pobladores, lo continuó luego el Dorado por mucho tiempo. Su atracción era irresistible.

Entre los fundadores de Caracas figuraba, como ya lo sabemos, Don Diego de Henares. Podría decirse que entre el grupo capitaneado por Losada, Don Diego era el intelectual. Sabía algo de matemáticas, era, al decir de sus contemporáneos, instruido, sereno, ponderoso. Y este hombre, luego de establecido en la ciudad cuyos planos él mismo trazara, y luego de formar su familia y asentar su hogar, fue también víctima de la locura del Dorado. Reunió ganados de sus posesiones cerca de San Sebastián de los Reyes, y con otros valiosos recursos se fue, ya entrado en años, a unirse a una de las expediciones de Fernando de Oruña o Berrío, en la Guayana, y allí perdió la vida.

En un momento crítico de la infancia de Caracas, cuando estaba a punto de despoblarse la recién fundada villa, lograron sus habitantes traer a residenciarse a Garci González de Silva con un numeroso grupo de compañeros. Garci González

fue una columna fortísima en apoyo de la ciudad, la cual acudió a él en sus momentos más difíciles. Y fue el Dorado el que nos trajo a Garci González, quien se había alistado con su tío Maraver de Silva para buscar el obsesionante espejismo de la ciudad de oro.

Tal vez nadie podía entonces creerse inmune a este contagio mental. Y esa arrebatadora creencia penetró tan profundamente en el ánimo de nuestros antepasados, que a veces nos preguntamos si no será un reflejo tardío de aquel mito el afán, tan común en nuestro pueblo, de querer hacerse rico en un instante con una rifa, una lotería, una combinación de caballos o algún negocio fabuloso y rápido. Ese Dorado que costó tantas vidas y fatigas y desengaños; ese acicate insidioso que despertaba ambiciones inalcanzables envueltas en una atmósfera de leyenda oriental, quizás estará presente por siempre en el recóndito caudal de nuestros instintos, como lo estuvo en los pasados siglos, cuando provocó todas esas arriesgadas expediciones que nos ha relatado nuestro nuevo compañero.

Bienvenido, Don Jerónimo Martínez Mendoza, a esta Academia, donde se le reconocen y aprecian sus altos valores. Venga a ocupar este sillón, que bien merecido lo tiene, y a compartir con quienes tanto lo apreciamos, nuestras labores académicas.

*Señores.*